

UNA ESCUELA QUE CONSTRUYE IDENTIDADES

Este artículo trata la necesidad de abordar el desarrollo de la identidad en los Centros Educativos y especialmente en la etapa de Educación Infantil. Se reflexiona sobre la complejidad que supone trabajar la identidad en el aula y se sugiere algunas directrices educativas imprescindibles para la educación del futuro.

Palabras clave: *Identidad, diversidad, convivencia, agrupamientos, metodología.*

Cristóbal Gómez Mayorga¹

“No hay computadora capaz de registrar los crímenes cotidianos que la industria de la cultura de masas comete contra el arcoíris humano y el humano derecho a la identidad”. EDUARDO GALEANO: *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés.*

La mayoría de los conflictos de violencia existentes en el mundo en la actualidad, en Israel, Los Balcanes, País Vasco, África, guetos de inmigrantes en grandes ciudades, etc., se nos dice que se deben a problemas de identidades nacionales. Parece que no hemos sabido educarnos construyendo identidades individualizadas y hemos construido identidades tribales. Algo paradójico, pues la pertenencia a un grupo no es más que una parte de la identidad individual. Magnificándola estamos anulando las otras facetas de nuestra personalidad, como bien argumenta Maalouf en su libro *Identidades Aesinas*. Parece que nos hemos atrincherado en identidades básicas, seguras, en una sociedad globalizada que requiere, cada vez más, de una redefinición constante de la identidad debido a los múltiples cambios sociales que constantemente se producen.

Nuestra identidad se compone, de muchas identidades que vamos construyendo a lo largo de nuestras vidas, que comienza en el seno del hogar y que se desarrolla plenamente cuando comenzamos a separarnos de la familia. Los educadores de Educación Infantil tenemos mucha responsabilidad, porque desarrollando la identidad del alumnado estamos trabajando para la paz de futuro.

En los primeros años de vida es imprescindible la creación de una imagen positiva de sí mismo y la construcción de la identidad a través del conocimiento y la valoración de las características personales y de las propias posibilidades y límites. Para ello es necesario el reconocimiento del deseo del alumnado, de sus peculiaridades, sus posibilidades y su específica manera de actuación, mediante la relación constante, de forma espontánea con los iguales. De esta forma podrán ir diferenciándose de los objetos, de sus familiares y de las demás personas, afirmándose frente a los otros y asumiendo formas particulares de sentir, de pensar y de construir su propia identidad sexual y personal.

¿Pero cómo trabajar algo tan abstracto como la identidad? Las maestras y maestros estamos acostumbrados a lidiar con lo concreto, los colores, la letra o el número, y no con algo tan etéreo.

Parece que crear identidad es construir alumnos idénticos cada uno a sí mismo, diferenciándose de los demás. Es la diferencia con el otro lo que posibilita la identidad. Difícil empresa se nos presenta a unos educadores, que históricamente, hemos tratado de homogeneizar al alumnado.

La identidad no es un estado sino un proceso que construimos a lo largo de la vida en los diversos contextos sociales donde nos movemos.

La novela *“Todos los nombres”* de SARAMAGO (1.998), en la que no se designa a nadie por su nombre salvo a Don José, el protagonista, nos descubre cómo detrás de cualquier nombre anónimo existe una intrigante y rica biografía, siempre original y única. Esto me ha hecho reflexionar sobre

la mayoría de los escritos pedagógicos, en los que se habla del alumnado en general pero no de personas concretas con historias reales y con originales construcciones de subjetividad. El intento de objetivizar al alumnado se realiza a costa de despersonalizarlos.

Cuando comienzo el curso me entregan una lista con 25 nombres correspondientes a mi futuro alumnado. Digo bien, futuro alumnado, porque aún no son más que nombres para mí. Comienzo a buscar sus fotos en la secretaría para convertirlos, al menos, en imágenes y comenzar así el camino del reconocimiento personal. Cuando llegan a clase comienzan a ser mis alumnos, todos juntos, con una identidad colectiva. Poco a poco, a lo largo del curso, se van diferenciando y convirtiendo en José, Lourdes, Elena, Antonio, Victoria,... Ellos también se han ido transformando y, de ser el hijo o la hija de su padre y de su madre o más bien un trozo de ellos, se van convirtiendo en personas únicas. Van desarrollando sus identidades gracias a la convivencia con los demás y gracias también a nuestra mirada, a nuestras expectativas, a nuestras demandas, a nuestro reconocimiento y a nuestros límites. Somos generadores, junto a las familias, de identidades, porque los seres humanos, cuando nacen, necesitan de otros que los conviertan en sujetos.

El caso de José

José presenta dificultades para desarrollar su identidad porque está emparedado. Se encuentra a dos años de distancia entre su hermana pequeña y a tres de su hermano mayor. No tiene sitio. El mayor es su ídolo, su modelo de independencia y sabiduría,

1. Maestro de Educación Infantil en C.E.I.P. "El Romeral" de Vélez-Málaga (Málaga). E-mail: cgomezmayorga@hotmail.com Web Infantil Aula: <http://perso.wanadoo.es/cgomezmayorga>

pero imitándolo no es él mismo sino la parte del hermano que viven en él. Y su hermana lo castiga por abajo, que es por donde más duele. Lo ha destronado. Antes era el pequeño, ahora no es nadie. Abrirse un hueco en este corto espacio de tiempo es muy difícil y se sufre bastante. Pero la naturaleza es sabia y José despliega un sinfín de estrategias para desarrollar su identidad. Por ejemplo, no come. Sabe bien que eso a su madre le preocupa y le hace estar pendiente de él. Así se siente alguien. En el colegio siempre se queda el último en el patio y tengo que ir a buscarlo. Esto hace crecer su autoestima y su identidad. Debe pensar: *“Todo un maestro con 25 niños y niñas a su cargo y cada día, durante unos minutos, se dedica sólo a mí abandonando a los demás. Luengo me regaña, pero no me importa, eso también hace sentirme importante”*.

Muchos días se sienta en el sillón del maestro. Esto le llena de satisfacción porque es el único asiento diferenciado. Suele hacer, a diario, lo contrario de lo que propongo, y más tarde busca un momento para hacer el trabajo demandando mi atención. A veces, creo que cuando habla en la asamblea tan despacio, tan reposado, solicitando silencio absoluto y requiriendo mi mirada constante, lo hace sólo para sentirse importante. Creo que uno se convierte en alguien cuando el sujeto que te ama te mira. Ya lo dijo Freud: *“El niño no se siente seguro por ver a su madre, sino por verse mirado por su madre”*. Debo ser alguien querido para él cuando reclama mi atención. José evita dibujar, creo que por inseguridad. Sólo se ha atrevido en el día de su cumpleaños o tras algún baño de elogios. Alguien que no es no puede mostrarse ni expresarse. Parece que en la evolución del grafismo ponemos algo más que el control sobre nuestros dedos. José tiene compañeros que sin apenas control no para de dibujar y vienen orgullosos a enseñarme sus proezas. Otros, sin embargo, con grandes capacidades, siempre dicen *“no sé”*. También están los que siempre hacen el mismo dibujo que les ha enseñado su hermana mayor, y de ahí no se atreven a salirse. La identidad requiere autonomía, caminar solo, atreverse a expresar el yo solitario, arriesgarse a ser. José suele venir a lucir sus músculos y a decirme lo fuerte que está. Le gusta luchar conmigo (es el más pequeño de la clase). Sus demostraciones de fuerza

le delatan, denota sus carencias y, quizás, su deseo.

El resto del alumnado

Los 24 niños y niñas restantes también despliegan un sinfín de estrategias para desarrollar su identidad, para sentirse alguien. Muchas de las cuales se me pasan por alto. Qué hacer con el resto del alumnado. Es la locura, la fabulosa imposibilidad de la Educación Infantil. Bajar la ratio es imprescindible para poder atender tanta necesidad de desarrollo individual.

Sólo deseo dejar constancia de la complejidad de nuestra tarea y renegar de las simplificaciones que se hacen de los comportamientos infantiles bajo parámetros de disciplina.

Mucha Psicología se dedica a los niños de uno en uno y nosotros los tratamos a montones. Menos mal que muchos se conforman con algunas miradas y frases de cariño durante la jornada. Es la convivencia diaria en el aula la que desarrolla, mediante un sinfín de negociaciones cotidianas, las diversas identidades. Pero para ello es necesario dejar tiempo, buscar espacios, crear actividades de relación, propiciar el encuentro.

El alumnado es diverso aunque nos empeñemos en crear-inventar una identidad de alumno-normal en la que encajen todos, provocando desajustes en la mayoría. Cuando los niños y niñas van construyendo su identidad adquieren una sensación de aislamiento y soledad, a la vez que una conciencia de las propias limitaciones. Tenemos que aceptar la lucha que supone en el aula la construcción de la identidad porque los niños y niñas van a producir, a veces de forma violenta, multitud de manifestaciones de resistencia. No olvidemos que estamos negando parte de su situación personal de heteronomía, dependencia familiar y hedonismo.

En el aula entran en colisión multitud de identidades, la del maestro o maestra y la de cada alumno y alumna. Parte de nuestro trabajo es negar al alumnado una parte de sí mismos, la parte de su ignorancia, de sus conductas no permitidas y de muchos de sus deseos. El alumnado debe asumir esta amputación, aunque exprese cierta angustia de identidad, o cierta rebeldía. Pero el placer posterior, el de la conquista de su yo individual, es muy grande y siempre merece la pena.

“La identidad no es un estado sino un proceso que construimos a lo largo de la vida en los diversos contextos sociales donde nos movemos”

Muchos niños y niñas construyen su identidad renunciando a su propia estima. Se ven forzados, si quieren triunfar en la escuela, a negarse así mismos. Otros se resisten adoptando algún tipo de identidad que lo libre de la angustia, como hacer el payaso y el gamberro. La mayoría del alumnado que tiene algún retraso escolar acaba teniendo un comportamiento agresivo para afirmar su identidad. En la cultura escolar es preferible ser gamberro que *“tonto”*.

Para preservar la identidad hay alumnos que se aíslan, otros se despersonalizan, imitando en todo a alguien, otros se hacen invisibles, muchos se vuelven agresivos en su comportamiento, en su forma de vestir o hablar. Todo un sinfín de estrategias menos no ser nadie. Para ayudarles a ser alguien es necesario exigir responsabilidad a la vez que damos autonomía.

La necesidad de trabajar la identidad en los Centros Educativos, y especialmente en la Educación Infantil, viene acentuada por condicionamientos sociales y culturales en la era de la globalización, como apunta EDUARDO GALEANO (2000), ya que, cada vez más, los niños han perdido sus orígenes y se encuentran perdidos: *“ellos crecen sin raíces despojados de identidad cultural, y sin más sentido social que la certeza de que la realidad es un peligro. Su patria está en las marcas de prestigio universal, que distinguen sus ropas y todo lo que usan, y su lenguaje es el lenguaje de los códigos electrónicos internacionales”*.

Una metodología para desarrollar identidades

Mucho de nuestros aprendizajes se producen por proyecciones afectivas. Todos tenemos vacíos que intentamos llenar. Los niños y niñas de estas edades

“La identidad requiere autonomía, caminar solo, atreverse a expresar el yo solitario, arriesgarse a ser”

comienzan a tener su primer gran hueco, el que deja “*su madre*”. Y este inmenso vacío comienzan a llenarlo con una voracidad extrema. Al principio con objetos que huelen a madre o a hogar: el trapito, el chupe, o el juguete de apego. Más tarde se sustituyen estos objetos por personas. Ahí podemos entrar los educadores y, si sabemos retirarnos a tiempo y no ocupar demasiado espacio, lo llenan con los compañeros de clase. Si los educadores estamos acertados podemos influir para que ese hueco existencial lo llenen de valores, de deseos de conocimiento, de capacidad de trabajo, de disfrutes sociales, de voluntad de saber. Podemos proponer actividades en clase con personajes que posean valores educativos y que les sirvan de modelos de desarrollo de identidad.

Pero la forma más importante de desarrollo de identidad en clase es el trabajo en grupo. Éste, no sólo propicia el desarrollo de capacidades sociales sino que ayuda a construir una identidad estable y equilibrada, porque asumimos lo que somos en interacción con los iguales. Trabajando en grupo, por tanto, estamos construyendo la personalidad de cada uno. No es posible ser alguien si no es en relación con el otro. Sólo hay que echar una mirada a esas aulas en las que el alumnado realiza actividades individuales, sentados de uno en uno, y analizar el tipo de relaciones de celo, competitividad, inseguridad y agresividad que elaboran los chavales.

En grupo, con los otros, el ser humano se construye en un estadio social superior al de la familia. La subjetivación primera que otorga la figura materna no se completa hasta ser ratificada con los iguales. La mayoría de alumnado de 3 años, tiene ciertas dificultades de socialización hasta que adquiere capacidad de frustración, empatía, y ciertas dosis de humildad a fuerza de choques con los iguales. Pero siempre que, a la vez, se sientan compensado con altas dosis de autoestima, de reconocimiento y de cariño.

Es imprescindible, por tanto, trabajar en grupos para desarrollar la identidad per-

sonal, porque la identidad se construye si tenemos personas que nos miren, que nos digan si nos sienta bien la identidad que adoptamos. Debe de haber espejos en los que nos veamos bien reflejados. En mi clase de tres años, hay una niña que siempre está imitando a alguien en todo lo que hace. Aún no se atreve a cabalgar en solitario porque nadie la ha valorado suficientemente.

Parte de nuestro trabajo es organizar agrupamientos diversos para que desarrollen su identidad. En la escuela desarrollamos nuestra personalidad integral si diariamente realizamos actuaciones en las que aparezcan dos principios forjadores de identidad: la mirada y la escucha.

Las personas tenemos la necesidad de atender la opinión que otros tienen de nosotros, porque somos en la medida que alguien nos mira. Primero somos cuando nuestra madre (o padre) nos mira. De pequeño, cada vez que hacemos algo, miramos de reojo buscando aceptación o desaprobación. El proceso de socialización comienza cuando nos separamos de la familia y comenzamos a mirarnos en los demás, cuando la mirada de los otros nos importa.

Otra condición para forjar personalidades sanas es poder hablar de lo que pensamos, tener posibilidad de expresarnos ante los demás abiertamente. En la medida que los demás nos escuchan desarrollamos nuestra identidad, somos alguien. En mi clase una niña con dificultades madurativas habla en la asamblea de cada mañana muy despacio, mirando a cada uno de sus compañeros y demandando atención continua. Es una forma de sentirse escuchada, de ser alguien, de suplir sus déficits.

La asamblea es el principal agrupamiento del aula. En ella aparece diariamente ese milagroso acontecimiento de desarrollo de identidad que produce la escucha y la mirada. Esta asamblea de aula es importante porque crea una identidad colectiva que ayuda al desarrollo de las identidades individuales, ya que en ella es posible el respeto a la diferencia. La asamblea es la mente y el corazón del aula.

La participación de las familias es imprescindible en la intervención educativa. La familia concede el permiso de la conquista afectiva del otro. Es la que señala al grupo como habitable. Por ello, debemos transmitir a las familias la importancia del grupo de compañeros para el aprendizaje de sus hijos. Arduo trabajo tenemos los maestros y maestras con muchos familiares, influidos por los valores dominantes de nuestra sociedad que creen en la competitividad, el individualismo y la rivalidad como principios de promoción de sus hijos. Debemos, por tanto, convencer a los padres y madres de nuestro alumnado que son ellos los generadores de actitudes de sus hijos, y es importante la aceptación y la buena relación entre todos los compañeros de clase.

La mayoría de agrupamientos de mi aula son espontáneos. Tenemos un tiempo libre en el que se puede realizar un sinnúmero de actividades diversas. Mi función como educador no es intervenir en los grupos sino organizar las actividades, los espacios y los tiempos para que se produzca todo tipo de interacciones, todo tipo de comunicación, toda forma de quererse, de compararse, medirse, aprender y asegurarse. Así, cada cual va construyendo, paso a paso, sin riesgos, su capacidad social, su seguridad, su autonomía, su identidad. Cada día, se agrupan por pareja, por pequeño grupo, en gran grupo, por afinidad, por actividad, por cariño, por dependencia, por necesidad, por seguridad, porque sí. Cada uno muestra su peculiar forma de ser: tímido, sociable, inseguro, obsesivo, invisible, dependiente,... Depende del momento, de la actividad, de sus necesidades afectivas o quién sabe de qué.

En el aula debemos de aceptar la diversidad de identidades dentro de unos márgenes mínimos de convivencia. Son muchas los elementos sociales y de los propios Centros Educativos que niegan identidad por medio de la moda o los uniformes. Los centros públicos deben tener una identidad muy peculiar consistente en la aceptación de las identidades particulares, y el compromiso de educar en la convivencia y el respeto de todas las diferencias.

Desarrollar la identidad requiere aceptar y potenciar las diferencias del alumnado porque son enriquecedoras para el grupo. Una diferencia de alguien es importante si crea en el otro un punto de vista que no

tenía. Inteligencia también es pasearse por los esquemas de pensamientos de los demás, nos decía Bruner.

Cuando obligamos a alguien a realizar infinidad de veces un trazo de letra hasta que lo automatice estamos relegando a ese niño a un ente mecánico o a una rata en el laberinto ensayando un nuevo itinerario. Cuando a ese niño le pedimos que escriba lo que hace, siente o imagina, aunque sea con los garabatos de la etapa en la que aun no controla la técnica de la escritura, lo consideramos una persona con capacidad, imaginación y deseo, es decir, con identidad propia.

El castigo, por ejemplo, no educa tanto como hacerles ver las consecuencias de un comportamiento y buscar conjuntamente soluciones a un conflicto. No hay educación si no hay desarrollo de la conciencia, si no fortalecemos la identidad personal mediante el encuentro de los diferentes puntos de vista de un grupo de iguales sobre un conflicto.

El profesorado

Es importante que el alumnado tenga frente así un adulto que se interesa por ellos, los respeta, les da la palabra, le marque límites y lo considere un sujeto. La escucha, la atención, la creencia en las capacidades de su alumnado, estimulan el deseo de aprender. Esta es la razón por la que se hace imprescindible para nuestra labor educativa tener conocimientos sobre el desarrollo de la identidad, a la vez de poseer una personalidad estable.

El deseo de saber y aprender está mediatizado por las relaciones del sujeto con un Otro. Por ejemplo, cuando el niño no se ha separado de la madre, y sigue siendo el objeto que la completa, no puede sostener su deseo de aprender porque aprender es un acto que se realiza en solitario. El deseo de saber y aprender implica una renuncia a la satisfacción inmediata. Para que se produzca el acto educativo es necesario el consentimiento del sujeto. El deseo de aprender no puede ser ordenado, nadie puede obligar a otro a desear o a amar.

Una de las funciones que ejerce el profesorado es la transmisión de la norma, de la ley, del límite. Tenemos que asumirlo y ejercerlo. Ser maestro o maestra no es una cuestión sólo técnica, no es sólo una profesión. No basta con formarse o con informarse para adquirir las competencias nece-

sarias. Es necesario ponerse en juego, entregarse con todo lo que somos, arriesgar con nuestras intuiciones, ser capaz de confiar en uno mismo y al mismo tiempo ponerse en tela de juicio. Se trata de ser maestro o maestra a riesgo de desagradar. Se trata de educarles no de agradarles. El objetivo de la educación es hacer seres autónomos en todos los ámbitos: intelectual, moral, emocional y social. Cubrir los deseos plenamente no es educativo, anular sus deseos tampoco. Debemos hacerlos autónomos y responsables de sus acciones. Desarrollar la identidad es poner resistencia para poder separarse, ser otro distinto de los progenitores y del educador. La sumisión total, el buen comportamiento absoluto es síntoma de poca salud mental.

A los ojos del alumnado, los maestros y maestras se equivocan la mayor parte del tiempo. Intentar demostrarles lo contrario continuamente es, además de cansado e ineficaz, síntoma inequívoco de inseguridad, en un intento de querer dominar para estar en paz con la propia conciencia. La pretensión de querer controlar todo, saberlo todo, hacerlo siempre bien, es una de las causas de estrés del profesorado. Es importante verbalizar ante el alumnado las incapacidades, las ignorancias, las dudas, las inquietudes, los desaciertos. No sólo nos relajaremos sino que, sobre todo, estamos educando en la autonomía y en la aceptación de sus identidades. Una idea que tenemos que tener en cuenta los educadores y educadoras es que cierto sufrimiento es inevitable. Como dice Mari Carmen Díez, en el ejercicio de nuestra labor siempre hay días claros y días nublados.

Ser maestro también es una identidad bastante abierta y diversa. Los hay progresistas y conservadores, de ciudad y de pueblo, de ciencias o de letras, hombres y mujeres, autoritarios y democrático, innovador y tradicional, etc. Y todos y todas proyectamos de alguna manera nuestra forma de ser sobre el alumnado. Porque no educamos con lo que sabemos sino con lo que somos.

La identidad del profesorado está herida, se nos dice, debido a los acelerados cambios de nuestra sociedad. Un profesor de los años 70 podía dictar los apuntes de sus abuelos a su alumnado. Hoy día, un profesor del 2000 tiene dificultades para enfrentarse a su alumnado que nació en esos años, pues tienen unos esquemas de

“El alumnado es diverso aunque nos empeñemos en crear- inventar una identidad de alumno-normal en la que encajen todos, provocando desajustes en la mayoría”

pensamientos, actitudes e intereses muy diferentes. Existe una angustia existencial, debido a la velocidad de los vertiginosos cambios de nuestra sociedad, y nos sentimos amenazados en nuestra identidad. El profesorado quizás lo sufra más intensamente porque se enfrenta a diario con las generaciones cambiantes, algo que merma su identidad profesional y personal.



“Existe una angustia existencial, debido a la velocidad de los vertiginosos cambios de nuestra sociedad, y nos sentimos amenazados en nuestra identidad. El profesorado quizás lo sufra más intensamente porque se enfrenta a diario con las generaciones cambiantes, algo que merma su identidad profesional y personal”

La crisis de identidad del profesorado debido a la velocidad de los cambios de nuestra sociedad tecnológica se intenta solucionar, a veces, proyectando los desajustes hacia el exterior, buscando culpables, antes que buscar soluciones que impliquen un cambio personal. Y es que cambiar significa anularse en parte, negarse a sí mismo, y esto requiere un equilibrio y una estabilidad emocional importante. Por tanto, el cambio de la escuela, además de reformas políticas y medios económicos, requiere de un profesorado capaz de asumir los conflictos diarios que esta labor genera, que se acepte como es, con sus peculiaridades, limitaciones y miedos, y que sea capaz de ver al alumnado desde una visión de desarrollo de identidades.

Conclusiones

En resumen, debemos ayudar al alumnado y a nosotros mismos a asumir nuestra propia diversidad, a entender la identidad como una suma de diversas pertenencias y a añadir una nueva que todos compartimos: la vinculación a la Especie Humana y a la Tierra. Pero, sobretodo, estamos avocados a redefinir constantemente nuestras identidades en un mundo cambiante, en el que la inmigración, la globalización y el aumento

de los medios de comunicación, están desestabilizando las identidades tribales propias de siglos pasados que, aún hoy, siguen provocando conflictos y guerras.

Por otro lado, el desarrollo de identidad requiere que el alumno sea consciente de su comportamiento y sus consecuencias. Para ello, es necesario cambios metodológicos en el aula, con elementos como el trabajo libre, en donde se oferte actividades diferentes para que el alumnado asuma compromisos y responsabilidades personales según sus capacidades, necesidades y deseos, y los proyectos de trabajo abiertos, en los que sea posible formarse de forma autónoma, respetando los diferentes niveles y ritmos de aprendizajes. Además, es imprescindible que el aula se rija por la asamblea, lugar de pensamiento y sentimiento colectivo, creadora de identidades individuales y de grupo, momento de toma de conciencia sobre el aprendizaje y el comportamiento y lugar, en definitiva, de creación de valores.

La finalidad sería crear personas fronterizas, de identidades múltiples y tolerantes, porque la educación debe de ser mediadora entre identidades. Reducirnos a una sola identidad, nacional, étnica, de idioma, es una simplificación peligrosa.

“Debemos ayudar al alumnado y a nosotros mismos a asumir nuestra propia diversidad, a entender la identidad como una suma de diversas pertenencias y a añadir una nueva que todos compartimos: la vinculación a la Especie Humana y a la Tierra”

Aceptar las identidades diferentes de cada grupo o individuo es un enriquecimiento además de un proyecto de vida en paz y convivencia.

Referencias bibliográficas

- BRUNER, J. (1997): *La educación, puerta de la cultura*. Madrid, Visor
- DECRETO 107/1992, en el que se establece el Currículum de Educación Infantil en Andalucía. BOJA nº56, 20 de Junio 1992.
- FREUD, S. (1993): *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Altaya. Barcelona
- GALEANO, E. (2000): *Patatas arriba, la escuela del mundo al revés*. Madrid, Siglo XXI
- LIAUDET, J. C. (2000): *Dolto para padres*. Barcelona, Plaza y Janés Editores.
- MAALOUE, A. (1999): *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza Editorial
- MORIN, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona, Paidós.
- POSTMAN, N. (1999): *El fin de la educación*. Barcelona, Octaedro
- SARAMAGO, J. (1998): *Todos los nombres*. Madrid, Alfaguara

SCHOOLS THAT BUILD IDENTITIES

Abstract

This article discusses the need to approach the development of a child's identity at school, and in particular in Infant Education. It reflects on the complexity of working on identity in classrooms, and puts forward some essential educational guidelines for education in the future.

Key words: *Identity, diversity, coexistence, groups, methodology.*

UNE ÉCOLE CONSTRUCTRICE D'IDENTITÉS

Résumé

Cet article traite de la nécessité d'aborder le développement de l'identité dans les Centres d'Enseignement, et notamment dans l'enseignement préparatoire (*Educación infantil*). On y réfléchit sur la complexité du travail sur l'identité en classe, et on y suggère quelques lignes directrices éducatives indispensables pour l'enseignement de l'avenir.

Mots clés: *Identité, diversité, cohabitation, regroupements, méthodologie.*